

Mis recuerdos del maestro Porras*

Duccio Bonavia

Me siento sumamente honrado por el encargo que se me ha dado de recordar esta noche al maestro Porras. Pero les debo confesar también que estoy emocionado y esto sucede cada vez que piso esta casa que me trae tantos recuerdos de mi vida estudiantil. Entre estas paredes pasé largas horas trabajando con los libros del maestro, recibiendo sus críticas y sus consejos, es decir aprendiendo, conociendo a muchas personalidades a las que de otra manera nunca hubiera podido ni siquiera acercarme, o compartiendo tertulias con algunos otros compañeros sanmarquinos que tenían el privilegio de poder estar aquí.

Les debo decir sin embargo, con toda sinceridad, que no creo ser la persona más indicada para tomar la palabra esta noche. Y por una razón muy simple, soy arqueólogo, no soy historiador *stricto sensu*. De modo que no me considero suficientemente capaz de encarar la enorme personalidad de Porras como historiador y siendo, además, uno de los más grandes que ha tenido el Perú. Empero he tenido la honra de haber sido –hasta donde sé– el único arqueólogo que Porras admitió y mantuvo en su entorno, que ayudó y que supo motivar de tal manera que siguiera la profesión, a pesar que ella –hay que decirlo– aparentemente no era de su simpatía. Por ello, si ustedes me lo permiten, me referiré a aspectos personales, tratando de reconstruir en el recuerdo a Porras tal como lo conocí y al maestro que admiré y que, después de su muerte, ha sido y sigue siendo no sólo fuente de inspiración para muchos de mis trabajos sino también, y sobre todo, ese dedo acusador que me trae a la razón cuando hago mal uso de alguna fuente o no indago suficientemente sobre algún tema.

* Discurso de orden leído el miércoles 27 de setiembre del 2006 en el Instituto Raúl Porras Barrenechea en ocasión del 46° aniversario de la muerte del Maestro. Es una versión aumentada y corregida de "Porras, recuerdo del maestro" (1998-1999). Acta Herediana, Vol. 24/25. Lima. pp. 7-12).

Conocí a Porras un 22 de febrero de 1955. Me estaba preparando para ingresar a la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Y un viejo amigo de familia, el profesor Enrique Barboza, filósofo, que se había dado cuenta de mi vocación histórica y que tenía amistad con el maestro, me trajo a esta casa para que él me orientara. Evidentemente estaba nervioso, pues sabía que iba a estar en presencia de una persona muy importante, de modo que ello y el tiempo han borrado un poco los detalles. Recuerdo que nos recibió sonriente hacia el fin de la mañana, allí en el pasillo, me hizo unas preguntas tratando de averiguar el por qué quería ingresar a San Marcos y después de haberme escuchado me puso la mano sobre el hombro y me dijo: "Hay una sola forma de ingresar a la Universidad: estudiando". Luego nos hizo esperar un momento y entró a su escritorio y regresó trayendo un ejemplar de su libro *Mito, tradición e historia del Perú* (1) y me lo obsequió y al despedirnos me dijo "Si ingresas nos volveremos a ver",

Ese primer contacto con el maestro me dejó impresionado y pensativo. Yo había hablado con otras personas vinculadas con la universidad que estaba frecuentando aún sin ser alumno oficialmente, y en ellas había encontrado una gran fatuidad, muchas palabras pero pocas ideas concretas que me pudieran ayudar y orientar y que habían creado en mí la ilusión de que en el fondo el ingreso no era tan difícil. La austeridad y la sinceridad de Porras me trajeron a la realidad y a partir de ese momento comencé a estudiar con más ahínco. Hoy, más que nunca, puedo darme cuenta de cuánta verdad hubo en sus palabras.

Pero ese encuentro tuvo otro mérito: está encerrado en ese pequeño libro que Porras me regaló y que conservo como uno de los más gratos recuerdos. Pues con él, esa misma noche que me puse a leerlo, me enteré de la historia incaica, de los cronistas, de la historia peruana de los siglos del XVIII al XX. Yo había leído superficialmente sobre todo aquello cuando, al llegar de Italia, tuve que dar los exámenes de Historia del Perú. Pero de eso en verdad poco aprendí, pues aun ni siquiera hablaba bien el español. Este nuevo contacto con la historia peruana, antes de ingresar a la universidad, despertó mi interés y, posiblemente aunque no me di cuenta de ello, fue importante cuando tuve que definir mi vocación.

Ingresé a la Universidad en 1956 y el primer año tuve que llevar el curso de Historia del Perú (*Fuentes Históricas Peruanas*) (2) con Porras. En aquel entonces ya sus obligaciones eran tantas que él dictaba la clase inaugural, una que otra lección a lo largo del año y cerraba el curso con una clase magistral. Del resto se encargaban sus dos asistentes, Pablo Macera y Carlos Aranibar. Pero el maestro vigilaba celosamente la marcha de la asignatura y él mismo daba a los alumnos los trabajos monográficos que tenían que ser entregados a fin del año.

Recuerdo la clase inaugural, en uno de los vetustos salones de la casona de San Marcos. Éramos más de cien alumnos, prácticamente no cabíamos en el aula, muchos estaban sentados en el suelo y otros en la tarima dejando libre sólo el espacio ocupado por el pupitre. Porras no quiso sentarse, empujó el escritorio y se quedó de pie. En el momento en que entró había un gran barullo, pero cuando empezó a hablar se produjo un silencio absoluto que se rompió sólo cuando terminó. Como escribió Vargas Llosa, que vivió esos momentos, "...cada una de sus palabras era seguida por nosotros con unción religiosa" (3).

Permítanme describir a Porras con las palabras de otro querido maestro, el doctor Estuardo Núñez, pues yo no lo podría hacer mejor. La imagen del Porras de 1928 que nos da Núñez es exactamente la que yo vi en 1956. "Nos impactó profundamente... su recia y brillante personalidad. El decir fluido y la expresión galana y elegante, singular don de Porras, no era común característica entre otros profesores. También hacía honda impresión su ademán tan expresivo con el brazo derecho levantado y la mano doblada, en forma de ala, su cabeza ligeramente echada hacia atrás, el mentón saliente y sus ojos claros penetrantes. Pero lo que más impresionaba en su fisonomía, era su amplia y alta frente, ornada de cabellos de color rubio ceniza, peinados descuidadamente hacia atrás y unos labios apretados y finos que se separaban sincrónicamente al hablar o sonreír" (4).

El curso de Historia del Perú trataba básicamente los tiempos de la Conquista y si mal no recuerdo los primeros tiempos virreinales. Cuando tuve que reunirme con el maestro para recibir el tema sobre el que tenía que versar mi monografía, me reconoció inmediatamente y conversó conmigo un largo rato. Me preguntó si ya sabía lo que quería estudiar. Cuando le mencioné la posibilidad de seguir Arqueología, rompiendo todas las reglas y con gran estupor de sus asistentes, en vez de asignarme un tema relacionado directamente con el curso, me encargó que averiguara sobre los monumentos arqueológicos del valle del Rímac. Pude haber hecho una investigación fundamentalmente bibliográfica, pero preferí visitar los sitios, describirlos, recogiendo la cerámica de superficie para intentar hacer una clasificación. Ese fue mi primer trabajo arqueológico. Porras había comprendido mi vocación y definitivamente quiso que ella no se perdiera. Es interesante esta actitud suya, pues él tenía cierto desdén por la arqueología, y a ello me referiré más adelante, y decía que ella no era más que una disciplina auxiliar de la historia. Conmigo demostró lo contrario. En el examen final que era oral, en el que me honro de haber obtenido como nota 19, Porras me comenzó a preguntar sobre las ruinas, la cronología y otros detalles hasta que en forma casi airada intervino Pablo Macera para observarle al profesor que el curso versaba sobre otro tema. Y entonces recuerdo que Porras sonriente me dijo: "A ver Bonavia, vamos a hacer contento a mi asistente, ¿qué sabe usted de Cieza de León?". Así aprobé mi curso de Historia del Perú y Porras decidió que mi monografía debía publicarse. La tuvo aquí en esta casa hasta el día

de su muerte. cuando ya había conseguido un editor. Pero la Parca impidió que su deseo se cumpliera y la monografía, que aún guardo de recuerdo, nunca se publicó.

Ese año de 1956 su clase de clausura fue memorable, pues fue la última que el insigne maestro dictó en su vida. Sus obligaciones de Senador primero y de Ministro después ya no le permitieron seguir con la Cátedra. Las aulas sanmarquinas no han recibido nunca más a un profesor de historia de su envergadura.

Ya en el segundo año de la Sección de Cultura General, como se le llamaba entonces, tuve que seguir otro curso de Historia del Perú que trataba básicamente de las instituciones virreinales, lo dictaba la doctora Ella Dunbar Temple. Ella también exigía que se hiciera un trabajo monográfico y recuerdo que me encargó un tema relacionado con Solórzano Pereyra. Después de haber recorrido todas las bibliotecas me di con la sorpresa que la información que necesitaba era muy difícil de encontrar. Entonces recordé las palabras de Porras cuando me despidió de esta casa en nuestro primer encuentro. Me armé de valor y le pedí una cita. Me recibió en estos ambientes que en aquel entonces eran más una biblioteca que una casa, pues en realidad con la sola excepción de este cuarto en todo el resto no había un solo lugar donde no hubiera libros. Me escuchó y sin decir más me llevó a un punto de la estantería que estaba allí en el pasillo y mirando hacia el último anaquel que estaba topando con el techo y señalándome un libro me dijo que allí estaba la información que necesitaba. Añadió que podía quedarme a trabajar y me autorizó el uso de la biblioteca cuantas veces la necesitara.

Desde ese año de 1957 hasta la muerte del maestro, estuve frecuentando esta casa con regularidad, aprovechando de esa inolvidable biblioteca, de esos libros en los que muchas veces las notas al margen de las páginas, escritas con la letra menuda en tinta negra tan característica de Porras, eran más interesantes que el texto mismo, pero sobre todo escuchando sus sabias enseñanzas. Pues era su costumbre cuando llegaba, averiguar quién estaba trabajando, a veces sólo pasaba saludando, otras veces, la mayoría diría yo, se acercaba, se interesaba sobre el tema que se estaba investigando y entonces criticaba, ayudaba, aconsejaba como sólo lo sabe y puede hacer un verdadero maestro.

De esos años pasados en esta casa mirafloresina, en la que compartía a menudo la mesa de trabajo con Mario Vargas Llosa, habría miles de cosas por contar, pues son muchos los recuerdos que hoy se van desvaneciendo con el tiempo. Pero son remembranzas de una etapa de la existencia vivida intensamente, al amparo de la personalidad del maestro que en cada gesto, en cada palabra, en cada consejo no dejaba de enseñar algo, de mostrar algo nuevo, de señalar un rumbo diferente a seguir en la investigación. Si se escribieran las vivencias de todos los que trabajaron o simplemente pasaron por esta casa, que al decir de Vargas Llosa tenía "algo

mítico" (5), cuánta enseñanza sobre el Perú y su historia se podría rescatar. El único, hasta donde yo sé, que lo hizo ha sido justamente Vargas Llosa y para él, como para muchos otros, esa ha sido una etapa decisiva de su vida.

De esos recuerdos hay ciertos hechos que destacan. En primer lugar el carácter de Porras que era muy particular y que adquiría diversos matices según los momentos. Cuando aconsejaba o enseñaba era bueno y afable. Cuando criticaba era severo y sabía ser de una dureza increíble. Yo diría que era implacable. Además, cuando quería ridiculizar algo o a alguien, era de un sarcasmo sin igual. Su ironía era muy mordaz... Me atrevería a decir que era mejor no ser enemigo de Porras.

Luego era interesante verlo trabajar. Prefería hacerlo sentado en ese pequeño cuarto que está a la izquierda de la entrada, prácticamente hundido en una vieja butaca que aún está allí, rodeado de sus Quijotes que coleccionaba y que luchaban por encontrar un espacio entre libros y papeles. Leía, y lo hacía con tanta concentración, que a menudo no escuchaba cuando alguno de sus alumnos trataba de interrumpirlo para pedir ayuda en algo. Estaba siempre rodeado de papeles, generalmente páginas cortadas por la mitad como si el tamaño normal de las mismas le molestara. No faltaban, además, las fichas. Pero al final, lo más importante era su lapicero de tinta negra con el que anotaba en el margen de los libros.

Otro recuerdo que me queda de aquellos tiempos es el asombroso conocimiento que tenía Porras de su biblioteca, y estamos hablando -como ya mencioné- de una colección excepcional de libros de miles de ejemplares. Hasta donde recuerdo, esta biblioteca no estaba clasificada, es decir no tenía un fichero. Pero eso no quiere decir que no era ordenada. Porras tenía su propio orden y no recuerdo haberlo visto titubear nunca cuando buscaba algo. Siempre sabía dónde se encontraba el libro que necesitaba o en qué libro estaba la información que buscaba.

Preparaba siempre sus clases, aunque ya las dominara, y llevaba a las aulas los datos en fichas. A veces nos encargaba que le buscáramos alguna información que necesitaba. Es decir, era el modelo del verdadero maestro.

Recuerdo además, en forma especial, las reuniones que se hacían alrededor de las cinco de la tarde en esta misma sala. Era cuando el maestro invitaba a todos los presentes a tomar el "lonche". Él se sentaba a la cabecera de la mesa, mientras la anciana mucama morena traía el café o el té con "chancay". El chocolate se servía sólo cuando había invitados especiales. Al principio había un gran silencio, pero inmediatamente el maestro lanzaba un tema de discusión en la que generalmente intervenían sus asistentes u otros profesores presentes, mientras que nosotros los alumnos escuchábamos o cuando más, tímidamente, interveníamos de vez en cuando y con gran temor. Porras no sólo gozaba de estas reuniones, sino que le gustaba

plantear temas de discusión sobre los que sabía que los presentes no estaban de acuerdo. Entonces se entablaban debates controversiales y, a menudo, el maestro atizaba el fuego con una singular agudeza hasta lograr que los ánimos se exaltaran. En ese momento él intervenía, a veces para apoyar una posición, otras simplemente para aplacar la tensión. Pero en momentos él mismo se exaltaba y atacaba muy duramente a una de las partes, con cuya posición no estaba de acuerdo. En otros casos asumía una posición muy suya. Con gran sutileza alababa a una de las partes haciendo quedar mal a la otra, pero sin decirlo. ¡Cuántas enseñanzas se podrían sacar hoy si estas discusiones se hubieran grabado, pero qué incómodos se sentirían también algunos de los participantes que han sobrevivido al maestro!

Otra cualidad de Porras que me es grato recordar, es su generosidad. Si podía ayudar a alguien lo hacía, espontáneamente. Recuerdo que un 29 de diciembre de 1958 fui a la Universidad para ver si habían sido publicadas las notas de un curso. En esos tiempos tanto el Instituto de Etnología y Arqueología como el de Historia tenían sus locales en el segundo piso de la Facultad de Letras. La vieja casona estaba casi vacía. En el pasillo me encontré con Porras que estaba yéndose. Aproveché para desearle un feliz año nuevo. Entonces él regresó sobre sus pasos, abrió un cuarto que servía de depósito y que estaba lleno de libros publicados por el Instituto que él dirigía. Sacó un ejemplar del *Vocabulario de la lengua general de todo el Perú llamada lengua Quechua o del Inca* de González Holguín (6) y me lo obsequió, diciéndome que en mis estudios me sería útil. Ese era Porras.

La última vez que vi al maestro fue el 27 de setiembre de 1960. Esa tarde vine a esta casa, pues estaba preparando un examen sobre Historia de la Cultura Peruana y necesitaba consultar algunos libros. Me abrió la puerta la mucama, pues aquel día no había nadie más trabajando aquí. Estuve en los cuartos interiores y no sé si él pasó toda la tarde en casa o llegaría en algún momento. Al atardecer, serían casi las 18 horas, estaba por retirarme y al salir en el pasillo me encontré con Porras. Estaba en bata y con pantuflas, se le notaba cansado y demacrado. Me dijo que acababa de despedir a un periodista, no recuerdo de qué revista, pero la imagen del Porras que yo vi ese día, apareció después en *Caretas*. Conservo aún esa página. Quise marcharme, pero no me dejó. Me llevó al cuarto donde estaba la vieja butaca, hizo que me sentara al frente, se hundió en ella y me habló largamente de un proyecto que estaba acariciando. El de escribir una historia detallada de la llegada de Pizarro a las costas peruanas, con una biografía de cada uno de los soldados que participaron en ella. Al final antes de despedirme, me llevó a un ambiente interior y me enseñó un fichero que debía servir de base a este nuevo estudio que él quería publicar. Ese día tuvo un gesto que nunca había tenido antes. Me quiso acompañar hasta la puerta y cogiendo mi mano derecha con ambas manos, me dio un fuerte apretón. Me parece estar viendo la cara fatigada, sin afeitarse, el pelo en desorden y una mirada triste que no era la del Porras que yo conocí años atrás.

Al día siguiente, al abrir *El Comercio*, me enteré que en la noche el maestro había fallecido. En ese momento sentí una profunda congoja y recién me di cuenta de la gran suerte que me había deparado el destino de haber podido conocer de cerca a un hombre de su talla, de haber tenido el gran privilegio de haber recibido sus enseñanzas y haber merecido el honor de su amistad. No fui a su entierro, no quise ir. Temía que el ceremonial, los discursos, la pompa, me dejaran una visión distorsionada del maestro. Yo prefería recordarlo con la simplicidad del último día que lo vi, maestro hasta el momento final.

Como dije al principio, no me atrevería a hacer un análisis de la obra de Porras, muchos de cuyos aspectos incluso, y lo digo con toda sinceridad, ni siquiera conozco. Esta es una tarea que en parte se ha hecho pero que, definitivamente, no está terminada y es el reto que tienen las nuevas generaciones de historiadores. Hay sin embargo un aspecto sobre el que sí quisiera incidir, pues es muy importante y este sí lo conozco muy de cerca. Me refiero a la historia de la Arqueología Peruana. Aunque da vergüenza decirlo, ella no ha sido aún escrita y con el tiempo se están borrando los datos y algunos ya no podrán ser recuperados nunca más. Digo esto ya que sobre el particular he tenido una experiencia personal. Cuando ingresé a trabajar en el que entonces se llamaba Museo Nacional de Antropología y Arqueología bajo la dirección de ese otro maestro mío que fue Jorge Muelle, la mayor parte del personal era el mismo que trabajó con Julio Tello, que yo no llegué a conocer. Eso me permitió entablar una relación bastante estrecha no sólo con Mejía Xesspe y Julio Espejo, que eran los dos seguidores más destacados, sino también con el resto de personas que trabajaban en las diferentes secciones del museo. Y conversando con ellos me enteré de muchos aspectos de la vida y obra de Tello sobre los que no ha quedado nada escrito. Con esto quiero decir que si las nuevas generaciones no toman precauciones para recobrar la información de las que les anteceden, la información se pierde en forma irremediable. Nuestra arqueología es sin duda una de las más ricas de América del Sur y en ella han participado arqueólogos muy renombrados de muchísimas nacionalidades y sin embargo nadie, hasta ahora, ha intentado hacer una historia de ello.

Lo que quiero destacar es que cuando alguien se decida a hacerlo no podrá dejar de recurrir, una vez más, a la herencia y al testimonio que nos ha dejado Porras. En sus *Fuentes Históricas Peruanas* (7), esa obra de inagotable información que sin embargo pocos arqueólogos han leído, está el germen de esa historia. Allí, con gran maestría, Porras nos introduce al conocimiento de los Extirpadores de Idolatrías de fines del siglo XVI y principios del XVII, que son definitivamente, de alguna manera, los precursores de nuestra arqueología. Pues si bien es cierto que destruían las momias y las huacas y cualquier objeto de culto de los antiguos peruanos, al mismo tiempo llevaban minuciosos inventarios de todo aquello. Por ello Porras los define como "... los herederos de los *tarputnaes* o sacerdotes incaicos y

una especie de arqueólogos al revés" (8). Hay todavía una gran cantidad de estos escritos que no han sido hurgados y que contienen una información valiosísima para la arqueología.

Luego Porras analiza a los viajeros del siglo XVIII que sin tener ninguna preparación científica se sienten atraídos por los monumentos prehispánicos. Ellos son, como escribe el maestro, ...los representantes del espíritu de la Ilustración europea (9). El maestro señala los principales personajes de esos tiempos, pues qué duda cabe que muchos de ellos aún no han sido analizados, pero en conjunto forman parte de los antecedentes históricos de nuestra arqueología.

En el siglo XIX llegan al Perú las influencias de la antropología que comenzaba a desarrollarse en Europa. Porras dedica un enjundioso y largo análisis de quince páginas de su obra para analizar la "Arqueología en el siglo XIX". Por esas páginas desfilan las obras de esos hombres ilustres que estaban echando las bases de nuestra disciplina. Alcides d'Orbigny, Eugène de Sartiges, Leoncio Angrand, Tschudi, Bastian, Bollaert, Smith, Markham, Squier, Stübel, Reiss, Middendorf, Bandelier, Raimondi y tantos otros a los que se aúna el peruano Rivero.

La llegada de Max Uhle marca época, pues con él se inicia la arqueología científica en el Perú. Él es, como dice Porras, "... el verdadero padre y fundador de la arqueología peruana." (10). El maestro analiza su obra y luego pasa a enumerar todos aquellos arqueólogos que trabajaron en esos tiempos con sus aportes y que sería muy largo y tedioso enumerar ahora. Hasta que hace su aparición Julio Tello, al que define como "... cultivador genuino, especializado y científico" (11). Y le dedica diez largas páginas, para luego pasar a reseñar la obra de Alfred Kroeber y de la "Escuela norteamericana". Termina este capítulo de su libro con un análisis de las "Otras escuelas e investigaciones" que se han realizado en nuestro medio (12).

Creo que si se junta esta excelente contribución de Porras con el *Cuadro cronológico de exploraciones y descubrimientos en la Arqueología Peruana, 1863-1955* (13), que nos ha dejado ese otro gran maestro que fue John Rowe, se tienen los pilares sobre los que se puede ir construyendo la historia de nuestra arqueología que tanta falta hace.

Quiero referirme brevemente al desdén que mostraba el maestro para la arqueología y que mencioné hace poco. Eso no es una invención de sus detractores, como alguna vez escuché decir, pues yo mismo se lo oí expresar. Pero tengo la impresión que en el fondo él no creía en ello, pues no ha quedado evidencia en ninguno de sus escritos. Y es más, si se leen cuidadosamente las líneas de su introducción al Capítulo III de las *Fuentes Históricas Peruanas* que se refiere a las "Fuentes monumentales", allí plantea muy claramente la importancia que tiene la ar-

queología para la reconstrucción histórica. Además toma la defensa de la disciplina, cuando escribe que ella es "... fundamentalmente una ciencia histórica, por más que el devaneo cientifista y positivista del siglo XIX haya pretendido excluirla del círculo de las disciplinas históricas para incorporarla al campo de la Antropología" (14). Posición que hoy puede parecer incorrecta y que es sin duda discutible, pero que hay que verla a la luz de los conocimientos de los tiempos en que eso fue escrito, es decir en la década de los años 40 del siglo pasado. Allí lo que me interesa es el fondo, es decir la defensa de la Arqueología como rama fundamental de la historia, que es una contradicción con lo que expresaba verbalmente Porras.

No hay separación más aberrante que la que se hace entre la Historia y la Arqueología. Ambas son historia y lo único que las separa son los métodos de la investigación y los materiales que ellas emplean para reconstruir el pasado. El maestro lo ha dicho: "Toda ciencia que se ocupe del pasado, cualesquiera que sean sus métodos, es historia" (15). Pero hay un momento de nuestra historia, que son los años anteriores a la Conquista y los de la Conquista misma, en que las evidencias arqueológicas e históricas stricto sensu se sobreponen, interactúan. Para entender esta época hay que saber manejar tanto las fuentes arqueológicas como las históricas. Por eso he sostenido siempre que en su formación, los historiadores deberían seguir cursos de metodología arqueológica y los arqueólogos de metodología histórica. Sin embargo hay un divorcio entre estas especialidades en nuestras universidades. Soy arqueólogo, pero nunca dejaré de agradecer a Alberto Tauro del Pino por haberme introducido en la metodología histórica; y a Porras, en las fuentes de nuestra historia y su manejo.

Yo le debo mucho a Porras. Con él aprendí la forma crítica en la que se tienen que tratar las fuentes. La rigurosidad, llevada al fanatismo, con la que tienen que emplearse los datos. El manejo de las fichas, que en los tiempos del ordenador podría parecer que son obsoletas, pero definitivamente no lo son. La importancia del buen manejo de las citas y la necesidad de adquirir la costumbre de preparar minuciosas bibliografías, aunque ello signifique largas y tediosas horas de trabajo. Pero sobre todo, aprendí la importancia que tiene la historia y la riqueza de la nuestra. No cabe la menor duda que dos de los libros más usados de mi biblioteca y que más quiero son las *Fuentes Históricas Peruanas* (16) y *Los Cronistas del Perú* (17) de Porras. De ellos he sacado enseñanza todos estos largos años y cada vez que los abro y los vuelvo a releer, encuentro aspectos nuevos que no había notado y escucho en mi memoria las palabras del maestro.

En el último libro que publiqué sobre los camélidos sudamericanos (18) hay un grueso capítulo dedicado a los tiempos de la Conquista y del Virreinato. Cómo me hubiera ayudado la guía de Porras si hubiera estado vivo, cuánto me hubiera gustado escuchar su crítica. Sus libros han suplido esta falta, hasta donde ha sido posi-

ble. Ha sido la primera vez que he tenido que realizar una investigación extensa a base de crónicas y documentos. No sé si lo he logrado. Pero lo he hecho con la mejor de las intenciones y pensando siempre poner minuciosamente en práctica las enseñanzas del maestro. Hoy estoy sumergido en una tarea similar y espero no defraudarlo.

Obras citadas

1. Porras Barrenechea, Raúl (1951). *Mito, Tradición e Historia del Perú*. Imprenta Santa María. Lima.
2. Porras Barrenechea, Raúl (1954). *Fuentes Históricas peruanas*. 1ra. Edición. J. Mejía Baca & P. L. Villanueva (eds.). Lima.
3. Vargas Llosa, Mario (1993). *El Pez en el Agua. Memorias*. Seix Barral, Biblioteca Breve. Barcelona. pp. 235-236.
4. Núñez, Estuardo (1997). Raúl Porras: una semblanza. *El Dominical. El Comercio*, 23 de marzo. pp. 8
5. Vargas Llosa, Mario. *Op. Cit.* pp. 253
6. Gonçalves Holguín, Diego (1952). *Vocabulario de la Lengua General de todo el Perú llamada Quechua o del Inca*. Nueva Edición con un prólogo de Raúl Porras Barrenechea. Ediciones del Instituto de Historia. Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Imprenta Santa María. Lima.
7. Porras Barrenechea, Raúl. (1954)
8. Porras Barrenechea, Raúl. *Op. Cit.* pp. 53
9. Porras Barrenechea, Raúl. *Op. Cit.* pp. 57
10. Porras Barrenechea, Raúl. *Op. Cit.* pp. 72
11. Porras Barrenechea, Raúl. *Op. Cit.* pp. 78
12. Porras Barrenechea, Raúl. *Op. Cit.* pp. 93
13. Rowe, John H. (1959) Cuadro Cronológico de Exploraciones y Descubrimientos de la Arqueología Peruana, 1863-1995. *Arqueológicas*, 4. Museo Nacional de Antropología y Arqueología. Lima.
14. Porras Barrenechea, Raúl. (1954). pp. 50
15. Porras Barrenechea, Raúl. *Op. Cit.* pp. 50
16. Porras Barrenechea, Raúl. *Op. Cit.*
17. Porras Barrenechea, Raúl. (1986) *Los Cronistas del Perú (1528-1650)*. Biblioteca Clásicos del Perú/2. Ediciones del Centenario. Banco de Crédito del Perú. Lima.
18. Bonavia, Duccio. (1996) *Los Camélidos Sudamericanos. Una introducción a su estudio*. Instituto Francés de Estudios Andinos, UPCH, Conservation International. Lima.